

CARTAS DESDE

BARCELONA

Me levanto de la cama en fecha 31 de agosto, a pocas horas del yugo de la rutina. Qué mejor manera de abandonar el verano que hacerlo junto a mi amigo Gorgue, mi pedacito de Cali aquí, en Cataluña. El tren que me lleva a su apartamento ofrece por estribor el mediterráneo de mi niñez, ahora propiedad del turista europeo, tan necesitado de sol y paella. Sí, aquel debe ser el puesto de hinchables donde conseguí a fuerza de llanto mi flotador del Pato Donald. El Masnou, hemos llegado. Vamos nostalgia, no te entretengas; al final

de aquella cuesta nos esperan Gorgue y su familia. De buena gana llevaría algún detalle a los niños, pero los quioscos del paseo todavía duermen. Espero que ellos no; de ser así, acabo de despertarles con un timbrado en pleno recibidor. Nada más lejos de eso; la casa de mi amigo es una fiesta de cojines apilados para que Elián —Peter Pan en miniatura— y su hermana Pita —ángel de bolsillo, musa de Rafael— retocen en su fantasía. Lo más prudente es buscar refugio en la cocina, al amor de una jarra de chicha bien macerada. Al cabo de unos tragos, la pequeña Pita me secuestra de la mano para llevarme al balcón. Por el camino, un barco pirata se hunde de medio lado en una piscina de tres anillos mientras decenas de coches hacen cola sobre el dibujo de una alfombra. Cuando los hijos son pequeños, uno vive de verdad. Me subo a un tren de vapor para huir de las pistolas de una Barbie a caballo, por supuesto, rosa. La persecución obliga al convoy a tomar rutas peligrosas, como las baldosas que acotan la barandilla. Una décima de descuido y la locomotora se despeña hacia las petunias del balcón de abajo, haciendo que un servidor (¡ay!) se revuelva en la culpa. Acabo de provocar una catástrofe, ni siquiera jugando soy apto para un cargo de responsabilidad. Al menos —dice Pita—, los vagones se han salvado; trae, dámelos. ¿Qué ha *pasadou*? ¿Un accidente? Es la mujer de Gorgue, inglesa de nacimiento y, por tanto, culpable de la mutación del nombre de su marido, la que se interesa por el drama. No hay nada que hacer —asegura—: esta *viega* catalana *hamás* devuelve nada, ni siquiera los buenos días. Supongo que tiene razón, todo el mundo conoce las pulgas de su vecino. En esto, la anciana aparece en escena mirándonos a todos con cara de palo. Le pido, en catalán añejo, que nos devuelva la *Union Pacific* de 1870 clavada en su jardinera, pero la muy bruja me dice que no, que *me'n vagi a pastar fang*. No gracias, no me apetece pastar fango a estas horas; faltaría más. Y, sin más lindezas por su parte, la dama desaparece tras las cuatro paredes de su universo, algo inferior al nuestro. Gorgue, su mujer y yo mataremos la sobremesa debatiendo



acerca del carácter de la vecina y, por ende, del resto de Cataluña. Mis anfitriones no pueden tener mejor experto; modestia aparte, mis raíces se hunden en esta tierra desde hace infinitas generaciones. Sírveme, compadre caleño, otra copa de chicha y te revelaré que los catalanes no siempre fuimos tan cerrados. Hubo un tiempo en que los cumpleaños no se hacían a puerta cerrada y bajo invitación, sino a toda plaza y a la vista de cualquiera. Te juro, Gorgue, que las abuelas de mi infancia tomaban el fresco en sillas de mimbre y repartían peladillas entre los niños. Y las mujeres intercambiaban recetas y los hombres arreglaban el mundo cerveza en mano, repantigados en la vida de la calle. Como debe pasar todavía en Cali, ¿no, Gorgue?

—Cali, capital de la salsa, sultana del Valle, sucursal del cielo.

Y ahí termina su discurso, la chicha no le permite ir más allá. No importa, compañero, continúo yo. Imagino tu ciudad como una fruta exultante que crece en vertical por un lado y se cae a pedazos por otro. La veo llena de patios con chiquillos duchándose a balde; de coches aparcados sin cerrar, porque sólo el dueño es capaz de ponerlos en marcha; de fruteros navaja en mano, dando a probar las exquisiteces de Colombia. Me pierdo en el enjambre de su venta ambulante, que me obliga a detenerme a cada paso. Admiro el machete saltimbanqui de un tratante en caña de azúcar, campesino huido de la tarántula de la coca. Me derrito al vaivén de los cueros de la mujer caleña, monumento en tacones que desafía no menos de tres leyes físicas. Me fijo en sus caderas, diseñadas para batir la Salsa a 45 rpm, ni una menos, y entonces me acuerdo de nuestra Sardana, que se baila sin apenas tocarse y contando cada paso. Pero, aún y así, Gorgue, debes creerme: hubo un tiempo en que aquí se devolvían los juguetes a los niños y encima se les invitaba a flan. Y los bares cerraban tarde, y se hacían amistades en la parada del autobús. Como seguro han de hacerse todavía en Cali, catálogo de

gentes abiertas mezcladas del negro al blanco, motivo, quizá, de su capacidad de aguante.

En cualquier caso, me temo que algo perdimos de camino a Europa, quizá nos creímos un poco alemanes, o incluso franceses.

Por el camino, un barco pirata se hunde
de medio lado en una piscina de tres
anillos mientras decenas de coches hacen
cola sobre el dibujo de una alfombra.

Conmigo que no cuenten; hago balance y resulta que llevo 18.213 días sobre este planeta, ni uno solo pisando tierras de Sudamérica. Tendré que poner remedio a eso. Mientras tanto, ven, Pita, acompáñame abajo; tengo que explicarle a esa señora quienes somos en realidad. Mire —le diré—: como usted sabe, por aquí celebramos las fiestas levantando castillos humanos, torres enormes que representan la mayor de las utopías. Los fuertes abajo, haciendo piña, y los débiles arriba, alcanzando la gloria. Justo al contrario de lo que viene siendo el mundo. Ese es nuestro carácter, señora, y no otro. Y ahora, devuélvame el tren y deje de hacerse la alemana. No sé hacia dónde vamos, Gorgue, pero no me gusta. Tú tranquilo —me contesta, de nuevo entre los vivos—: por lo que veo, siempre te quedará Cali.



Pep Rovira.

Soy cincuentón reciente; por tanto, superviviente de mil batallas. Escribo porque he comprendido, al fin, que una sola vida no es suficiente. Para eso está la literatura, para inventarse otras. / peprovira37@hotmail.com /